

EL MIEDO

Cuando el último segmento de sol se oculta tras el horizonte, queda en la sabana una luz plana, sin contrastes; al desdibujarse las formas el llano entero guarda silencio; nadie sigue comiendo; las cabezas están ahora levantadas mirando cuidadosamente los breñales cercanos. Los seres más inteligentes que pueblan la sabana, los monos, sienten en el pecho una punzada de miedo: como al final de cada jornada, ha llegado otra vez la hora del leopardo.

El gran felino tiene ahora todas las ventajas; la intensa luz del día ya no lastima sus ambarinas pupilas y su cuerpo, sin sombras que le den volumen, se torna transparente con sólo permanecer inmóvil. Caminando al borde del monte alto escudriña la sabana buscando su presa favorita: los monos.

Su paso es lento y sinuoso deteniéndose repetidamente para aprovechar la ventaja que le da su atuendo. Al desplazarse no hace ruido alguno; su diseño le permite poner las manos por delante de sus ojos, atento a no pisar alguna rama seca que pudiera delatarlo; de sus patas no tiene que preocuparse pues éstas irán a ocupar el lugar exacto donde antes estuvieron sus manos. Sigue avanzando confiado en que sus bigotes le darán la medida de su cuerpo para no rozar la maleza; avanza contra el viento, no para husmear a sus presas pues su olfato es deficiente, sino para no ser, él mismo, venteado a la distancia. Caza principalmente con la vista; sus ojos colocados al frente de su rostro le dan una percepción exacta de lo que lo rodea independientemente de la dirección que lleve el viento.

Los babuns no confían ya en el vigía que por turnos tienen siempre en alguna prominencia oteando la sabana; obedeciendo una orden que sólo ellos perciben, se ponen todos en marcha. Atrás quedan los grandes machos para proteger la retaguardia mientras las madres avanzan al centro de la manada; no tienen que cargar a los pequeños pues éstos se aferran a su piel como si fueran protuberancias de su propio cuerpo.

La horda entera deja la llanura y se acerca al monte alto buscando los grandes árboles donde habrán de pasar la noche; empiezan a trepar, pero no han subido tres brincos cuando el árbol que escogieron ya les parece inapropiado; bajan y nerviosamente siguen buscando; algunos ya han escogido su árbol; al fin se deciden por otro que parece tener

el tronco más recto que el anterior. Su propósito es alcanzar la mayor altura en una rama capaz de soportar su peso. En cuanto se instalan consideran que el de al lado tiene una posición más ventajosa y tratan de quitársela; gritan, se pelean, hasta que su propio alboroto los intimida: sólo han logrado hacerse notar y ahora remordidos de conciencia mueven sus rostros de hocicos puntiagudos y ojos intrigantes para verificar su posición: sí, suficientemente altos para que el leopardo tema la caída; y la vara demasiado débil para soportar el peso del felino; pero ¿los alcanzará si se para en la horquilla que está más abajo? Ahora ya nada puede hacerse y la manada de monos ve con angustia cómo la luz va desapareciendo hasta dejarlos ciegos e indefensos.

Sus precauciones fueron en vano; hacía rato que el leopardo los había detectado. Echado entre el zacate le resultan evidentes los racimos de monos recortados contra las últimas luces del atardecer. Ahora sólo necesita paciencia pero para él la espera siempre ha formado parte de su vida: la paciencia y la caza son en esencia una misma cosa.

Los babuns emperchados en su rama nada pueden ver; la obscuridad pronto los aburre y los murmullos del monte los arrullan hasta que uno a uno se van quedando dormidos. De pronto un atronador rugido y un golpazo que cimbra todo el árbol los deja aferrados a su vara con los ojos muy abiertos. No recuerdan cómo era la rama que escogieron y cada uno de ellos se siente perdido. El leopardo brinca contra el árbol contiguo y otra vez lo sacude. Todos los monos que están arriba se sacuden también con el impacto. Entre aterradores rugidos vuelve a saltar y a sacudir otro más... espera. Ahora cada mono está seguro que él es la presa buscada, hasta que finalmente a uno de ellos algo le estalla en el cerebro y brinca para buscar una rama más alta; en la obscuridad sus pequeñas manos sólo baten el aire vacío sin encontrar asidero y el mono cae al suelo; su terror no dura mucho; la caza dio resultado y ya lo estaban esperando. Cuando el resto de los monos oye el último alarido de agonía, se les paran todos los pelos del cuerpo a la vez que sienten un enorme consuelo.

Pasa el tiempo y los latidos de sus corazones les impiden conciliar el sueño, hasta que al fin sus inteligentes cerebros aceptan lo sucedido: ya comió; ahora se puede dormir... ya comió. ■